

Reseña Bibliográfica

Álvaro Moreno leoni

Anuario Nº 27/ ISSN 1853-8835 / pp. 251-257 /2015

<http://anuariodehistoria.unr.edu.ar/ojs/index.php/Anuario/index>



OLESTI, Oriol; Jordi VIDAL y Antela BORJA (eds.) **Animales y Guerra en el Mundo Antiguo**, Libros Pórtico, Zaragoza; 2014; [154 páginas].

Por Álvaro M. Moreno Leoni
(Universidad Nacional de Córdoba); Argentina
moreno.leoni@gmail.com

La presencia de los animales en la guerra antigua es insoslayable. Su carácter ubicuo en los paisajes militares del Mediterráneo antiguo, tanto en su carácter físico, como también en su dimensión simbólica, ha atraído la atención de los especialistas en los últimos años. En ese sentido, por ejemplo y para el mundo helenístico, Paul Kosmin ha argumentado que “pensar selúcida es ver elefantes”, puesto que la imagen de estos enormes animales se había vuelto casi omnipresente en las imágenes y discursos vinculados a esta poderosa dinastía, cuyo fundador, Seleuco I Nicátor, era denominado por sus enemigos, en particular por Demetrio Poliorcetes, justamente “comandante de elefantes (ἐλεφαντάρχης)” (Plu., *Demetr.* 25.4-9). Muchos testimonios antiguos, tanto literarios, como numismáticos y arqueológicos, parecen apuntar en la dirección de una potente asociación simbólica entre la monarquía selúcida y dicho animal. Uno de los testimonios más notables al respecto debe ser, sin ninguna duda, la imagen de un elefante ubicada sobre la entrada a una de las torres de un fuerte emplazado sobre el monte Karasis, en Anatolia central, descubierto con helicóptero

Esta obra está sujeta a la Licencia Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons.
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>



recién en 1994. El muro sobre el que se encuentra colocado data de fines del siglo III o, a lo sumo, de comienzos del II a.C. y refleja patentemente esta asociación.¹

Ahora bien, la vinculación entre animales y poder no es privativa de este reino helenístico. Los animales tenían en el mundo antiguo, en efecto, un significado que excedía el de la mera utilidad económica, como bestias de tiro o de carga, por ejemplo, o como arma en la batalla en el caso de los caballos. Los siete estudios, 5 en castellano y 2 en catalán, reunidos por Oriol Olesti, Jordi Vidal y Borja Antela en *Animales y Guerra en el Mundo Antiguo* apuntan a comprender mejor algunos aspectos de la compleja presencia de los animales tanto en los asuntos pragmáticos como en el de los imaginarios bélicos. Así, los artículos parten cronológicamente de una enigmática tablilla de Ugarit en el s. XIII a.C. y llegan hasta el entierro de una pequeña mascota militar al norte de la península ibérica en plena Antigüedad tardía (s. VI d.C.). Se trata de una obra colectiva con una gran amplitud, y desde luego dispersión, que resulta ser no sólo temporal, sino también geográfico-cultural, extendiéndose hasta a ambos extremos del Mediterráneo antiguo. A continuación reseñaré los aspectos más relevantes de cada uno de los siete estudios que conforman el libro.

Jordi Vilar, en “Los perros de la guerra en Ugarit” (pp. 1-12) advierte sobre la existencia de un reducido conjunto de testimonios de la antigüedad próximo oriental y clásica sobre el uso de los perros con fines ofensivos en combate, que, desde su perspectiva, no merecen mayor confianza. Para dar fuerza a su argumento, el autor aborda una tablilla administrativa RS 10.103 (KTU 4.54) de la ciudad de Ugarit, al norte de Fenicia y datada en el siglo XIII a.C., en la que aparece una lista de doce miembros del ejército de la ciudad, concretamente guardias o vigilantes (*mḏrglm*) al servicio del palacio, que han sido destinados a uno de los santuarios. Junto con estos hombres se menciona en el documento también el envío de tres perros. Sobre la base de la información proporcionada por otra tablilla, ARM 14 111, que es bastante más antigua y cuya datación se remonta al periodo paleobabilónico (2000-1600 a.C.). En efecto, se trata de una carta del gobernador del distrito de Saggārātum al rey de Mari donde se menciona un edicto relacionado con el robo de objetos sagrados de oro y plata. Vidal advierte que el escenario histórico más probable para la primera tablilla puede ser, en efecto, producto de una situación de inseguridad similar y que los doce hombres y tres perros mencionados en la tablilla de Ugarit hubieran sido enviados para custodiar los bienes de valor

¹ Kosmin, Paul; *The Land of the Elephant Kings. Space, Territory, and Ideology in the Seleucid Empire*; Harvard University Press; Cambridge (Ma.)-London; 2014, pp. 1-3; “Apologetic Ethnography: Megasthenes’ *Indica* and the Seleucid Elephant”, en Eran Almagor y Joseph Skinner (eds.); *Ancient Ethnography: New Approaches*; Bloomsbury; London-New York; 2013, pp. 104-108.



depositados en el santuario. Esta lectura, en relación con otros testimonios reseñados previamente por el autor, parece aportar evidencia para afirmar que el papel de los perros en la guerra era más bien reducido y que se limitaba exclusivamente a escenarios de vigilancia y protección.

A continuación, Jaume Pòrtulas en “Guerrers, llops i emboscats” (pp. 13-40) aborda algunos aspectos relacionados con la presencia simbólica de animales (lobos, leones) en la guerra furtiva de emboscadas en los poemas homéricos, que se contraponen al registro clásico de los duelos épicos. Los símiles de animales homéricos, específicamente el del lobo, que está particularmente relacionado con la figura de Dolón, y del león, en el caso de Diomedes, señala Pòrtulas, nos muestran toda la complejidad de imágenes y analogías no siempre coherentes que aparecen en los poemas homéricos. En ellas se dibujan al mismo tiempo, como en filigrana, aspectos sociales más oscuros de la guerra y de los rituales de iniciación de raíz indoeuropea que los jóvenes arcaicos debían emprender en el paso a la madurez.

Desde un punto de vista técnico-militar, historiográficamente tradicional, Jorge Moreno aborda en “Cambios en la caballería griega y macedonia del s. IV a.C.” (pp. 41-61) uno de los capítulos más interesantes de la historia militar del mundo antiguo. El autor traza de forma clara las líneas generales de la evolución del uso de caballería para operaciones militares en el mundo griego durante el siglo IV y explica de qué modo la reforma militar llevada adelante por Filipo II en Macedonia no se limitó a la reforma de la infantería hoplítica, sino que llevó esta tendencia hípica hasta sus últimas consecuencias. El número y su riguroso entrenamiento le permitió convertir a su caballería en un arma ofensiva precisa y demoledora, como ocurrió, por ejemplo, en la llanura de Queronea (338 a.C.), cuando al mando de Alejandro asestó un golpe decisivo a las tropas tebanas.

Borja Antela, en “El cuervo y el rey: Alejandro en Gaza” (pp. 63-72), propone dos posibles caminos para abordar el críptico episodio de la herida que sufrió Alejandro Magno mientras estaba sitiando Gaza al serle arrojada una roca por un ave, que, en algunos de los relatos, particularmente en el de Q. Curcio Rufo, se dice que fue un cuervo (Plu., *Alex.* 25.4-5; Arr., *An.* II.26.4; Curt. IV.6.11). Las dos posibles explicaciones son en verdad de naturaleza bastante hipotética, pero merecen ser sintetizadas aquí.

La primera explicación privilegia un abordaje de la información condensada en el pasaje como si se tratara de una metáfora militar: Alejandro habría sido herido por un proyectil antipersona, arrojado por los



defensores de la ciudad. El uso de la palabra *corvus* (“cuervo”), por el ave que arroja la roca, coincidiría con la denominación de un famoso dispositivo militar, utilizado, entre otros, por los romanos en la batalla naval de Milas (260 a.C.) durante la Primera Guerra Púnica. Para Antela, en efecto, el *corvique* que menciona Q. Curcio Rufo puede esconder en realidad una analogía discursiva entre el animal y el artefacto utilizado para arrojar piedras. Se trata de una interpretación muy posible, pero difícilmente probable con absoluta certeza.

Por otro lado, el autor del artículo advierte que la aparición en estos pasajes de la literatura griega y romana de aves, y de cuervos en particular, puede esconder un sentido simbólico original y, por lo tanto, la presencia de un antiguo uso propagandístico, dada la difundida asociación entre las aves y la realeza en el Oriente Próximo. Las aves, en efecto, proveen al rey conquistador con portentos sobre el éxito de su campaña. Es interesante esta propuesta porque presagia el desarrollo experimentado durante el tiempo de los diádocos de símbolos mixtos de poder, dado que se sugiere cierta presencia, aunque muy poco atestiguada, de divinidades asociadas con las aves y el poder al interior del propio panteón macedonio, por ejemplo con la enigmática diosa Ma. Uno no puede dejar de preguntarse en qué medida estas fuentes literarias antiguas fueron capaces de transmitir esta mixtura político-cultural, varios siglos después de forjado el motivo. Es ciertamente muy posible, y hay casos de ello, pero el argumento de Antela debe por necesidad también de momento permanecer en un plano hipotético.

Vale mencionar, por último, que en la página 68 el autor menciona la discrepancia que existe entre los relatos de Aristóbulo y Tolomeo sobre el hecho de si habían sido serpientes o cuervos los que habían guiado a Alejandro y a sus tropas a través del desierto líbico camino al oráculo de Amón en Siwah. Antela advierte, en mi opinión correctamente, la nueva referencia a aves, y cuervos, en tanto asociadas a la figura del rey, pero el sustrato egipcio no debería ser minimizado en este caso. Como ha señalado Le Roy, la presencia conjunta de pájaros y serpientes en este tipo de pasajes puede simbolizar a través del uso de imágenes cotidianas la co-presencia de fuerzas aéreas y ctónicas, como resulta aún más claro en el episodio de la fundación de Alejandría.² Este excelente texto de Antela, en definitiva, lejos de ser definitivo, invita a

² Le Roy, Christian; “Les oiseaux d’Alexandrie”; *Bulletin de Correspondance Hellénique*; v. 105, N° 1; École Française d’Athènes; Atenas; 1981; pp. 393-406. Ver: Chialva, Ivana; “Acerca de la historia y la ficción en tres versiones imperiales de la fundación de Alejandría”; *Circe* N° 16, Instituto de Estudios Clásicos, Santa Rosa de la Pampa; 2012; pp. 43-56.



seguir profundizando en esta dimensión de los relatos literarios sobre Alejandro, en los que los animales parecen centrales.

Molina Marín propone a continuación “La fascinación por el gigantismo en el mundo helenístico. El elefante de guerra” (pp. 73-90). El autor busca estudiar el crecimiento del interés grecomacedonio por este animal durante la época helenística, proponiendo tres puertas de entrada al problema: etnográfica, bélica e iconográfica. En la primera de las secciones se parte de la hipótesis, sostenida en el pasado, de un Aristóteles dependiente del mecenazgo de Alejandro Magno para el estudio de los animales del nuevo territorio conquistado y, por lo tanto, como forjador de una determinada imagen del elefante en sus estudios zoomórficos. Molina Marín cuestiona esto, con razón, y pone el acento en que, de todos modos, gracias a las conquistas del rey macedonio en la India, se advierte recién un creciente interés por el animal en los autores griegos sólo a partir de fines del siglo IV a.C. Como arma de guerra es claro que el elefante captó rápidamente la atención de los reyes, lo que hizo que su uso se extendiera, incluso, en occidente. La llamada “batalla de los elefantes” (c. 275 a.C.), donde Antíoco I derrotó a los gálatas que habían invadido Anatolia usando un ataque masivo con elefantes, o, incluso, el ejemplo del propio Pirro de Epiro, quien hizo uso de los elefantes que Ptolomeo Cerauno le había proporcionado para impresionar a los romanos durante su campaña en Italia, no son casos aislados.

Sin embargo, Molina Marín se pregunta lo siguiente: ¿Por qué, si los elefantes no eran armas de guerra tan eficaces, provocaron tal fijación de los reyes helenísticos por ellos? Como advierte el autor, “la desaparición de los monarcas helenísticos de la esfera política supuso, por consiguiente, el final de la era de elefantes en el mundo helenístico” (p. 84). Como ya Alonso Troncoso puso de manifiesto con respecto a la especial relación entre realeza helenística y elefantes:

“...el mundo abierto por las campañas de Alejandro y los sucesores ofreció no sólo una nueva humanidad, sino también una nueva zoología, una apropiada para afectar la concepción tradicional de la realeza macedonia. Productos y símbolos de los países conquistados, las especies animales descubiertas ahora eran consciente o inconscientemente incorporadas a la imagen de los conquistadores, enriqueciendo



la semiótica y la ideología del poder. En particular, la relación de Alejandro con los elefantes indios, con todas sus ambigüedades, es altamente ilustrativa de este proceso de aculturación”.³

Molina Marín, *prima facie*, menciona la importancia de esta línea de indagación, entre política y poder simbólico,⁴ pero luego gira hacia la centralidad de la sinergia producida entre, por un lado, el interés político de los reyes y, por el otro, el de los eruditos griegos que en esa época comienzan a reflexionar de forma más frecuente y sistemática sobre los elefantes. No es una propuesta del todo original, sobre todo si pensamos en el ya mencionado aporte de Kosmin sobre los elefantes en la obra de Megástenes,⁵ quien fue muy posiblemente el embajador seléucida en la corte maurya de Chandragupta en la India (en Pataliputra, la capital) y el autor de un relato etnográfico sobre la misma (una *Indikà*).⁶ Sin embargo, Molina Marín propone, de forma ingeniosa y sagaz, que en el uso político real del poder del elefante indio, sumado a la proliferación de relatos etnográficos helenísticos sobre la India, es donde descansa la imagen casi omnipresente de la superioridad de este elefante de guerra sobre el africano.⁷ La India en los relatos etnográficos es construida como una tierra de la desmesura, del *thôma* (“la maravilla”) diría Hartog,⁸ donde todo es gigantesco: los hombres, las hormigas, hasta los elefantes. Se trata de una hipótesis interesante, y la relación con Paus VIII.32.5 le da cierto peso, aunque requeriría una lectura quizá más detallada.

Los dos últimos estudios se desplazan hacia la península ibérica, proporcionando una mirada de tipo arqueológico a la presencia de animales en actividades bélicas. En el primero de ellos, “L’ús del cavall en les guerres dels ibers. Les evidències literàries i arqueològiques aplicades als ilergets” (pp. 93-136), Ignasi Garcés Estallo y Ariadna Nieto Espinet abordan evidencia literaria sobre el uso del caballo en la guerra por parte de los íberos, principalmente los ilergetes, sobre las luchas con los romanos luego de la expulsión de los cartagineses, cuya fuente principal es Tito Livio, y la contrastan con documentación iconográfica y con material arqueológico a la luz de los más recientes datos arqueofaunísticos realizados sobre restos de la

³ Alonso Troncoso, Víctor; “The Zoology of Kingship: From Alexander the Great to the Epigoni (336-c. 250 BC)”; *Anabasis. Studia Classica et Orientalia* N° 5; University of Rzeszów; Rzeszów; 2014; p. 67. La traducción es propia.

⁴ Un reciente estudio: Alonso Troncoso, Víctor; “The Diadochi and the zoology of kingship: The elephants”; en Víctor Alonso Troncoso y Edward Anson (eds.); *After Alexander: the time of the Diadochi (323-281 BC)*; Oxbow Books; Oxford, 2013, pp. 254-270.

⁵ Ver nota al pie n° 2.

⁶ Una reafirmación de la antigua datación de su vida y obra por Kosmin: *The Land of the Elephant...*; pp. 261-271.

⁷ Los *loci* comunes son: Liv. XXXVII.39; Pol. V.84; etc.

⁸ Hartog, François; *El espejo de Heródoto*; FCE; Buenos Aires; 2003 (1980); pp. 222-227.



planicie occidental catalana. El estudio se centra, por lo tanto, en una larga duración, puesto que aborda evidencia desde la primera edad de hierro hasta los primeros años de la ocupación romana peninsular.

Por su parte, en el último estudio, que está titulado “Una mascota militar tardoromana (sic) en *Iulia Livica* (Llívia, Cerdaña)” (pp. 137-154), Oriol Olesti Vila, Jordi Guàrdia Felip y Oriol Mercadal Fernández proponen, a partir de la localización en la actual Llívia (Cerdanya, Pirineos) de una tumba del siglo VI d.C. de un macaco (*Macaca sylvanus*), posible mascota, totem o *signum* de una unidad militar desplegada en el lugar, una completa discusión sobre el poblamiento y la ocupación militar del espacio tras el colapso urbano en la parte occidental del imperio romano.

Como síntesis de esta reseña, puede señalarse que se trata de un volumen colectivo con aportes desiguales, aunque ninguno es desdeñable. Si bien el título del libro haría esperar al lector una obra de tipo más general, de tipo introductorio o de síntesis, sin embargo, se trata, por el contrario, de una colección de trabajos presentados originalmente en las *IV Jornadas de historia de la guerra en la antigüedad* (2013). Se trata de estudios específicos con interés sólo para especialistas. Una excepción notable es, con todo, el artículo de Jorge Moreno, que puede ser leído con provecho también por el público general. Ahora bien, es difícil en una obra colectiva integrar los estudios compilados, menos aún cuando son las actas de un congreso. En este caso no ha habido intención de lograr esto, puesto que ni temática, ni problemáticamente se encuentra un hilo conductor que permita reconocer la unidad general del libro, ayudando a entender el por qué de su compilación, más allá de tener una relación más o menos laxa con el tema de los animales y la guerra. No obstante estas reservas, absolutamente personales, es claro que la calidad individual de los artículos es muy buena y que todos contribuyen, cada uno en su campo y con mayor o menor grado de originalidad, a alimentar el debate historiográfico sobre el papel de los animales en la guerra. No es un dato de menor importancia, por último, que una obra sobre esta temática se ponga a disposición del público hispanoparlante, puesto que cinco de los siete ensayos están escritos en dicha lengua, lo cual constituye un aporte importante.

